

# Alberto Martín-Artajo y la conciencia social de los españoles

FRANCISCO RICO PÉREZ

Medalla de Oro de la ACdP

“Alberto Martín-Artajo era gran conversador,  
humilde y de buen corazón”

(Marcelino Oreja, *Memoria y Esperanza*.  
Madrid: 2011, pág. 347)

## Preliminar

Alberto Martín-Artajo, además de un ejemplar propagandista, que seis años fue presidente de la ACdP (1959-1965), como político se entregó a la lucha por la justicia social siguiendo el buen ejemplo de Ángel Herrera Oria. Y en esa actividad siempre buscó el acercamiento y la paz entre los pueblos y naciones. En eso se volcó con entusiasmo cuando fue nombrado Ministro de Asuntos Exteriores. Desempeñó el cargo desde julio de 1945 hasta febrero de 1957. Logró restablecer la normalidad en las relaciones diplomáticas de España, y así el Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid pasó, de tres Jefes de Misión, que quedaron en 1946, a sesenta y tres en 1957.

Entre otros hechos, los más relevantes de su gestión ministerial, cabe destacar el ingreso de España en la Organización de las Naciones Unidas; la firma del Concordato con la Santa Sede, en 1953; el pacto Ibérico de Amistad con Portugal, que robusteció las relaciones con este país hermano; la política de acercamiento entre España y los países árabes, y los acuerdos de ayuda militar y económica con los Estados Unidos de América, en 1953. Y en su etapa ministerial realizó viajes oficiales a diversos países, siendo también

invitado a la Conferencia Internacional sobre el Canal de Suez, así como a la Asamblea General de las Naciones Unidas cuya Delegación presidió.

Lo anterior ya sería más que suficiente para justificar la razón de ubicar esta modesta Comunicación en la mesa que trata de la paz. Y dejamos para después la justicia social, al comentar su importante discurso, “La conciencia social de los españoles”, con el que ingresó en la Academia de Ciencia Morales y Políticas el 31 de octubre del año 1961. Pero, hay otras razones que lo justifican como son sus numerosas conferencias y artículos dedicados a la paz y a la justicia. Y, entre otros títulos, cabe destacar *Los Convenios con los Estados Unidos de América; España en la XI Asamblea de las Naciones Unidas; Hacia la Comunidad Hispánica de Naciones*; también el Prólogo al libro *Pío XII y Roosevelt. Su correspondencia durante la guerra; Las inquietudes de la paz; La libertad y las libertades*; y *La Eucaristía y la paz internacional*.

Mi exposición la dividiré aquí en tres partes: 1) Semblanza de Alberto Martín Artajo. 2) Preocupación por lo social, y 3) Su amor y entrega a la ACdP.

## I. Semblanza de Alberto Martín-Artajo

Nació en Madrid el 2 de octubre de 1905 y falleció en la misma capital de España el 31 de agosto de 1979. Sus progenitores fueron: Felicia Artajo y Carlos Martín Álvarez; y los hermanos: José Ignacio, el mayor, de la Compañía de Jesús, y Javier, abogado, que buena parte de su vida profesional estuvo ligada al periódico YA. Las hermanas fueron: Carmen, monja del Sagrado Corazón, que falleció a los treinta y tres años; solía decir que se iría al cielo al cumplir la edad de Cristo. Su larga enfermedad la ofreció por un sobrino de pequeña edad, que se recuperó. Le siguieron Mercedes, Merche, Isabel, Felicia y Teresa.

De la descendencia del ejemplar matrimonio de Alberto Martín-Artajo y Marichu Saracho, fueron ocho los hijos que vivieron: José Ignacio, María Jesús, Alberto, Mercedes, Carlos, Rafael, Luis y Pedro. Y dentro de tan numerosa familia hay que destacar al Padre Gonzalo Mazarrasa Martín-Artajo, hijo de Isabel Martín-Artajo y de Rafael Mazarrasa, que siempre recuerda con cariño a su tío Alberto Martín-Artajo como ejemplo y gran impulsor de su vocación sacerdotal. Pero, además de este familiar, Alberto orientó y estimuló a muchos jóvenes en la elección de carrera y en sus estudios. Y con alegría puedo citar aquí el caso de mi entrañable amigo Rafael Ortega Benito, Director de este “Congreso Católicos y Vida Pública”, al que Martín-Artajo animó, con insistencia y cariño, para que estudiara periodismo.

Alberto estudió en los Jesuitas de Chamartín y en el Instituto del Cardenal Cisneros. Obtuvo premio extraordinario en el bachiller. En la Licencia-

tura de Derecho, en la Universidad de Madrid, Matrícula de Honor en todas las asignaturas, y también Premio Extraordinario en la Licenciatura y en el Doctorado. Fue Profesor Ayudante en la Cátedra de Derecho Administrativo en la Facultad de Derecho, Universidad de Madrid. En el curso 1944-45 desempeñó la Cátedra de Política Social de la entonces naciente Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.

Doctor *honoris causa* en dos universidades norteamericanas, una italiana y otra de filipinas. Representó a los universitarios españoles en los Congresos y Asambleas de *Pax Romana*, la gran obra de Fernando Martín-Sánchez Juliá, para proteger a los universitarios católicos de Europa después de la II guerra Mundial. También presidió el Consejo Internacional de dicha Entidad. Asistió al Congreso Internacional de Estudios Corporativos de Viena y, en más de una ocasión, visitó varias de las Universidades europeas, como las católicas de Nimega, Lovaina y Milán. Y otras en Hispanoamérica y Estados Unidos.

En los años de la triste guerra civil actuó de Asesor jurídico de la Comisión de Trabajo en la Junta Técnica de Burgos, y algo más tarde Asesor Técnico en el Ministerio de Organización y Acción Sindical, con destino en Santander.

Perteneció al Cuerpo de Letrados del Consejo de Estado, en el que ingresó por oposición, ocupando uno de los primeros puestos de su promoción, en el año 1930. Y en 1940 fue designado, por concurso de méritos, secretario general de tan alto y prestigioso Cuerpo. Y en él se reintegró, en el año 1957, cuando cesó en sus funciones al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Como quedó apuntado en la introducción, desde julio de 1945 a febrero de 1957 desempeñó el cargo de Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Nacional. Pero también antes mostró sus inquietudes por la paz, de forma activa, como colaborador de Don Ángel Herrera Oria, especialmente durante la Segunda República y también cuando dirigió "El Debate". Asimismo, el apostolado por la paz y la justicia, Martín-Artajo lo llevaría a cabo siendo Presidente de la Acción Católica, años 1940 a 1945.

## II. Preocupación por lo social

Su pensamiento está bien plasmado en muchos de sus artículos, conferencias y discursos. Y entre éstos, hay uno que tal vez sea donde más y mejor se refleja. Me refiero al citado discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Y conviene destacar aquí que el acto tuvo mucho de

entrañable y emotivo al recordar que su padre, Carlos Martín Álvarez, fue Académico electo; pero la muerte le impidió leer su discurso de recepción en la misma.

En la reglamentaria contestación, cargada de entrañable afecto, se destaca como al cesar Alberto Martín-Artajo en el cargo ministerial de Asuntos Exteriores hubo de serle testimoniado el gran aprecio de su gestión. Y no solo por los compañeros y amigos, sino también por las autoridades eclesásticas. Así, dignas de recuerdo aquí son las cartas del Nuncio de Su Santidad y la del Cardenal Primado de España, y también los juicios y alabanzas de *Ec-clesia*, Órgano Central de Acción Católica de España. Y por parte del Instituto de Estudios Políticos, se afirmó, en justicia, que la idea, impulso y obra de la Hispanidad había recibido en su etapa ministerial aportaciones decisivas.

Se le ha reconocido como uno de los políticos que más había contribuido a la armónica y ejemplar colaboración del Estado con la Iglesia, contribución que “significa –como resaltó José Gascón y Marín al contestar al discurso de Alberto– un destacado servicio a la Patria y a nuestra Religión”.

En política exterior, Alberto Martín Artajo, tuvo que improvisar en algunas ocasiones y cambiar con agilidad, porque la iniciativa no siempre corresponde a los mismos países e intereses. En los difíciles años de la posguerra dirigió su acción exterior en tres direcciones: al mundo católico, el mejor que podía comprenderle; el mundo árabe; y, en especial, el hispánico. La política de amistad hispana le abrió paso a la comunidad internacional colocando a España donde le correspondía.

En su brillante discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, lleno de sugerencias para reflexionar, su autor no compartía el criterio demasiado radical y extremo de que España era un país culturalmente atrasado y económicamente mal explotado, que sufría un feudalismo social anacrónico y donde más que en otros países se sentía las diferencias de clases.

Alberto Martín Artajo no comulgaba con una serie de tópicos con los que se juzgaba a España desde el extranjero, sin perjuicio de que la psicología nacional de los españoles estaba, en gran medida, por hacer. Y lo sigue estando. Si bien, ya desde los grandes pensadores de nuestros siglos de oro fueron muchos los que escribieron sobre el carácter de ser de los españoles. El material abunda. Y un Baltasar Gracián o un Diego de Saavedra Fajardo llenarían todo un libro.

Al español le han atribuido el individualismo y la consiguiente insolidaridad social. Bastaría, añadimos por nuestra parte, con ver que no es verdadero, socorriendo en las catástrofes internacionales donde España acude

sin demora alguna, o los servicios que prestan nuestra Fuerzas Armadas en distintos lugares del planeta en defensa de la paz. Y en nuestra patria, cabe recordar como el pueblo español acudió en ayuda de famosas riadas en Murcia y Valencia. Y nada digamos hoy en la donación de órganos para trasplantes, que estamos en la cabeza del mundo con generosidad. Amén de tantas ONGs donde colaboran, con entusiasmo y desinterés, tantos jóvenes hoy; sin olvidar a Cáritas y los Comedores Sociales que mucho abundan.

También Alberto Martín-Artajo cuestionó la ausencia de ideales colectivos, carencia de civismo, falta de espíritu constructivo y unidad.

La exageración, la abulia colectiva y la superficialidad, como la envidia y la arbitrariedad. El exceso de acción y el desprecio general por la ley.

El español desconfía de la justicia y no siente como propios los asuntos comunes. Citas de defectos que llevan las firmas de Menéndez Pelayo, Gannivet, Madariaga, Laín, Maeztu y el mismo Ortega, entre otros, y que Martín-Artajo las considera exageradas.

Y toda una serie de proverbios apoyan, con ramplona filosofía, estos supuestos defectos nacionales. Sirvan como ejemplo los siguientes refranes que a diario emplea el vulgo, sin aclarar que los refranes suelen decir verdades, pero también mentiras: “Ande yo caliente y riase la gente” y “A quien Dios se la dio, San Pedro se lo bendiga”, que exaltan el individualismo. “Trabajar por el común es trabajar por dengún”, en menosprecio del servicio público.

Por aquellos tiempos ya decía Martín-Artajo que a la Iglesia le tocaba predicar, cada vez con mayor insistencia y mayor apremio, los deberes de la justicia, singularmente en el orden social. Y también las clases económicamente más fuertes deberían aspirar a que esa justicia social brillara. Y denunció que la clase trabajadora, y en especial los labradores, durante mucho tiempo habían sido las víctimas de la falta de conciencia social.

En España era una necesidad –y lo sigue siendo– la educación en lo social, comenzando por la conciencia de los ciudadanos. La ética es lo primero. De nada serviría decir que tenemos las mejores leyes sociales del mundo, cuando lo deseable sería que tuviésemos la mejor moral del mundo.

Alberto Martín Artajo terminó su brillante discurso con unas reflexiones de Balmes que parecen escritas de ayer para hoy: “Ningún poder será fuerte en el orden político si no tiene una fuerza propia en el orden social, una fuerza anterior a las leyes, independiente de ellas, que nazca de la naturaleza del poder y de la trabazón que le una con el país en que se halla establecido. Porque es menester observar que el poder político no es un ser abstracto, sino muy concreto en íntimas relaciones con la sociedad gobernada”.

Martín-Artajo quería para España un sistema donde el individuo desapareciera en presencia de la sociedad; y que el desacuerdo de algunos hombres, por alto que rayaran en calidades personales, jamás acarrearase ningún riesgo al sistema político que se adoptase; quisiera –decía– que el edificio no se sostuviera por los púntales, sino por el aplomo. Vivió y murió enamorado de España, deseándole lo mejor en el futuro, en especial la paz a través de la justicia social.

### **III. Su amor y entrega a la ACdP**

Fue muy ejemplar y permanente como destacado propagandista. Presidente de la misma lo fue, como quedó apuntado, desde 1959 a 1965, siendo Secretario General Don José Luis Gutiérrez García. Un tándem de lujo en la historia de nuestra Asociación. Grandes obras se realizaron en su mandato con la bendición del cardenal Herrera Oria y entusiasmo compartido. Bastaría con recordar la Fundación Pablo VI, paraguas celestial del Colegio Pío XI, que se creó con la finalidad de formar líderes sindicales cristianos; Instituto León XIII, y Colegio Pío XII para opositores y los que preparaban tesis doctorales.

Pero, es en lo humano donde yo quisiera resaltar los valores de Alberto Martín-Artajo. Fue un presidente, como también el secretario general, de una entrega total y desinteresada a la ACdP, donde media jornada solía estar en su sede para recibir, siempre abiertos los brazos, a quien llamara a su puerta. Él solía decir que “trabajaba en la ACdP, pero le pagaban en el Consejo de Estado”.

Su jornada de trabajo, comenzaba temprano y, muchos días se iba al descanso de madrugada. Y siempre comenzaba la jornada con una oración sencilla, como era su persona: “Dame Señor, en este día, fortaleza, sosiego y alegría”. Su constitución física imponía a quien no le hubiera tratado, si bien al acercarse a él el temor se desvanecía. Era normal que su mano derecha se posara en el hombro de quien a él se acercaba. Muy entrañable. Todo humanidad, naturalidad y cercanía.

Lo dicho fue la mejor carta de presentación en su vida social y apostolado. Apostolado que inició, públicamente, al frente de la Acción Católica y después en la ACdP. Y mucho antes tendríamos que partir para comprobar los valores humanos de tan alta personalidad. Así, él fue el autor del Proyecto de Bases para la recogida de Huérfanos de la guerra incivil de España. Era primordial resolver el problema de la asistencia social en lo que se refiere a estos niños.

La finalidad era la de robustecer los lazos familiares rotos por la contienda. Muchos hogares quedaron desechos, o no estaban, como es natural, en condiciones de realizar la gran misión educadora que les incumbe. Así se creó, por propia iniciativa de Alberto Martín-Artajo, El *Hogar Cristiano*. A muchas familias rotas ayudó para que pudieran volver a reunirse con sus seres queridos. Él siempre tuvo abierta la puerta y la mano tendida. Hay en su correspondencia, en carpetas del archivo que me regaló su hija Mercedes, muchos casos que emocionan, y no solo de ayudas, también, y es lo más importante, de vidas que pudo salvar de la cárcel y de la muerte misma. Todas sus gestiones en favor de los cautivos ponen el corazón a cien. Es un santo de la ACdP.

Una de las preocupaciones de Alberto, compartida con Fernando Martín-Sánchez Juliá, fue la juventud. La preferida del Padre Ayala. Y no solamente la de nuestra ACdP, vivero de la misma, sino por toda aquella que tuviera necesidades o sufriera. En este sentido fue un adelantado a la globalización de nuestros días. Como así lo puso de manifiesto ayudando, colaborando y hasta presidiendo *PAX ROMANA*, que, como hemos ya adelantado, fue la gran obra de Fernando Martín-Sánchez Juliá, para ayudar a los estudiantes de Europa.

Y no podemos olvidar que creó en la capital de España el Colegio Mayor "Xiao Xin" (*Stela Matutina*), para estudiantes chinos. Y no solo esto, también intentó establecer, en importantes ciudades de los países de Hispanoamérica, sedes o centros de la ACdP. Si el Espíritu Santo me llevara a la presidencia se creará un Centro de la ACdP en China, donde el Padre Daniel Cerezo (Padre Xie) sería el primer Consiliario y la Asociación patrocinará uno de los Orfanatos que cuida este querido misionero. El primer Centro en Hispanoamérica será el de Perú.

Y no olvidemos otra obra suya, pues siendo presidente de la ACdP, fue el impulsor del Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, al que inauguró con un brillante discurso sobre lo social en España, a través de las distintas profesiones. Es una información que agradezco al Abad Emérito del Valle, Don Anselmo Álvarez Navarrete.

Pero, a él agradaría que cerrara esta modesta comunicación con un tema que fue su preocupación constante en tan larga y ejemplar vida: la Familia. Son numerosas las conferencias que impartió y los artículos que escribió sobre ella, entre los que cabe destacar aquí, *Los Católicos ante la reforma social; La inconsistencia económica de la familia obrera y la Función social de la familia*. Y transcribo frases que son todas suyas:

Lo que es la célula vital a los tejidos del cuerpo humano, eso es la familia al organismo vivo de la sociedad. El germen de la vida social radica en

ella. Es el hogar, son todos y cada uno de los hogares, los que forman, en el conjunto de sus ciudades, aldeas y campos, el cuerpo vivo de la nación, el ser mismo de la Patria.

La familia es la fuente donde se alumbra la vida y, por lo tanto, el origen de la población. Es la familia la escuela originaria; el centro nato de la educación. Escuela de buenas costumbres. Y no sólo de los niños, también lo es para hombres hechos y maduros. Es también la familia centro de la vida económica, principio creador de riqueza, y de la riqueza mayor: los valores humanos, que actualmente escasean, por desgracia. Y acogedora, en época de crisis, con los abuelos al frente.

Alberto Martín Artajo nació y creció, se formó como hombre, en una familia ejemplar y numerosa. Y después tuvo, en la ACdP, otra muy querida. A ellas entregó su tiempo, desvelos y amor sin límites. Por eso es justo que recordemos su memoria, que parte de ella también se refleja en su Archivo y recuerdos personales en mí poder, gracias a la generosidad de su hija Mercedes Martín-Artajo y familia. Su destino será el Museo Ángel Ayala en constitución. Emocionan las carpetas en las que se recoge la correspondencia de Alberto con D. Ángel Herrera, Fernando Martín-Sánchez y Manuel Aparici, entre otros.

Jovellanos lo dejó ya muy bien escrito: “Los hombres tienen una especie de derecho a que sus buenas acciones sean recompensadas con la estimación y alabanza ajena”.

Y esto es lo que he intentado en esta Comunicación, destacar la figura de Alberto Martín-Artajo, como ejemplar propagandista, gran político, paladín del Derecho social, preocupado siempre por los más pobres y necesitados y, por encima de todo, hombre bueno.